

PRIMERA PARTE.

—

CRISÁLIDAS.



## I.

### La ciudad luminosa.

Hay en el corazón de Méjico una ciudad marcada con sello tan propio de aspecto y carácter, que forma género aparte entre las otras de la Unión; esa ciudad se llama Fópoli, y se asienta en un valle árido y polvoriento. Los vallados de piedra que costean los caminos que á ella conducen, las bardas de adobe que limitan sus corrales, los techos que coronan sus chozas suburbanas, y hasta el follaje de los árboles y la mezquina yerbezuela de sus vecinos campos, todo cuanto le atañe y la rodea, muéstrase cubierto de una espesa capa de polvo. La toba pomosa que forma su suelo, seca como la ceniza por no tener riachuelos que la crucen, ni humedad que la alegre, se levanta en capas espesas al soplo de ráfagas y torbellinos, formando grises

cortinajes ó columnas salomónicas, que se despliegan en el horizonte ó se levantan girando en el espacio. Esos ventarrones de color sucio, vistos de lejos, parecen envolver á la población en una nube baja y gris á cuyo través se dibujan los contornos vagos y esfumados de la ciudad; y el caserío disperso por la llanura, las torres de los templos y las tupidas arboledas que manchan el cuadro de trecho en trecho, traen á la memoria al través del velo que los cubre, el caos pintoresco de las ciudades morunas, con sus altos cimborrios, esbeltos minaretes y huertas de granados y limoneros. Mas esa confusa perspectiva no es más que un engaño óptico, pues una vez atravesadas las puertas de Fópoli, se ve una ciudad alegre y risueña, de calles rectas y limpias, casas pintadas de colores vivos y jardines poblados de naranjos y rosales. Tiempo hubo en que el caserío tan elegante ahora y bien dispuesto, fué sólo un hacinado de escombros; eso pasó en la triste época de nuestras guerras civiles. La lucha fratricida pareció escoger á Fópoli como teatro de sus horrores, pues siempre que los beligerantes se sentían débiles para pelear á campo raso, encerrábanse en la ciudad, cavaban fosos en las calles, atroneraban bardas y paredones, y coronaban con gente armada las torres de las iglesias y las

principales alturas de la ciudad. Así lo-  
graban rechazar los ataques de sus con-  
trarios; pero también, debido á ese sis-  
tema, lloviendo por aquí el fuego de la  
fusilería, arrasándolo todo por allá las  
balas de los obuses, reventando por acu-  
llá las bombas, y estallando más allá mi-  
nas como volcanes en erupción, llegó á  
quedar hecho una ruina el poblado: des-  
plomados sus techos, mutiladas sus fachadas,  
derruidos sus murallones y vuel-  
tas una criba sus casas. Pues aun las fin-  
cas que entónces quedaban en pie, salían  
de la refriega con puertas y cristales per-  
forados ó hechos añicos, con rejas de bal-  
cones y ventanas desencajadas, rotas y  
retorcidas, y con el revestimiento de las  
paredes horriblemente desconchado y ca-  
carañado por los proyectiles. De allí ha-  
bía nacido que Fópoli ganase fama de  
heroica y conquistase notoriedad en la  
República; pero ¡á qué costa!

Pasó por fortuna aquel periodo terri-  
ble, y vinieron para la ciudad, como para  
todo el país, días más serenos; y á mer-  
ced de la paz y del bienestar nuevamen-  
te inaugurados, pudo salir el caserío del  
estado desastroso en que se hallaba, re-  
naciendo, como el fénix, de sus propias  
cenizas.

Las cualidades de su población, que,  
según fama, son de alto valer, pueden  
sólo atribuirse á la luz de su cielo. Por-

que, si la naturaleza hace al hombre, ¿qué humanidad debió haber salido de aquel paisaje árido, triste, infecundo, sin agua, árboles, ni montañas; de aquella monotonía desesperante de un suelo ceniciento y de una vegetación ruin y enfermiza? Una humanidad enclenque, deprimida, sin imaginación, sin arranque, agobiada por la tristeza y por la anemia. Aquella tierra, á primera vista, parece haber sido destinada para guarida de topos; y muy lejos de eso, la población que de ahí surge, sabe, si es femenina, mirar como las gacelas, arrullar como las palomas y tejer la felicidad como las hadas; y si es masculina, escalar las cimas de la ciencia, cultivar las bellas artes y triunfar en las luchas nobles y viriles de las letras ó de las armas.

La clave del enigma debe buscarse, pues, en la región aerea de la ciudad. El cielo, hé ahí el escenario de todos los prodigios que encantan y engrandecen á Fópoli. ¡El cielo! Arcana é impalpable extensión, profunda, inmensa, inmutable, recorrida por los astros, incendiada por el sol, agitada por el huracán, poblada de visiones y de sueños! ¡Hacia ella convierten los fopolitanos sus ojos, hacia ella vuelan sus suspiros, de ahí se sienten venir y á ella desean tornar; piélagos sutiles y misteriosos que los envuelve, y donde flotan en compañía de los astros!

Ningún cielo tan azul como aquel, ni como él tan diáfano y profundo; bello y romántico como el de Venecia, y tibio y embalsamado como el de Granada. Pero, al mismo tiempo, ninguno tan siniestro como él, cuando entra en cerrazones sombrías y enciende centellas, lanza rugidos y desata diluvios como los de las primeras edades del mundo. Así, ese cielo incomparable muestra toda la gama de la belleza, desde la risueña del idilio hasta la imponente del cataclismo; y abre ante el espíritu pórticos variados é inmensos hacia todos los horizontes.

Cada una de sus auroras es una apotheosis, una fiesta de colores, una solemnidad incomparable. Desde que la sonrisa del alba, tenue y casta, se dibuja en el confín, y la aurora con sus dedos de rosa abre las puertas del Oriente, y las primeras olas de la marea luminosa comienzan á bullir en la lontananza, hasta que la refulgencia del día estalla sobre los picos de los cerros en toda su gloria; siéntese que algo estupendo, nunca visto, como soñado y divino, flota y se desarrolla por aquellos espacios, cual si fuese reflejo de sobrehumanas maravillas ordenadas y dirigidas más allá del firmamento, por ángeles blancos y por arcángeles ígneos. Y á la puesta del sol, cuando suspira el viento entre las hojas y pían los pajarillos en la arboleda, os-

tenta celajes de exquisita y fantástica hermosura. Ora es hornaza de vívida lumbre, como metal fundido en ánfora diamantina, ora son lagos apacibles de rosas disueltas y fluidas, donde boga la barquilla de la melancolía y del ensueño. Un tumulto de nubes de extrañas formas, dibuja sobre el fondo incendiado, en cambiantes siluetas, poesías y fantasías desbordadas: ya gigantescas serranías de crestas ciclopeas, el Ararat, el Himalaya, el Sinaí, vestidos de solemnidad y con cabellera de rayos, ó ciudades portentosas construídas de bloques enormes, con casas y palacios como montañas; tal vez Tebas con sus templos colosales, ó Menfis con sus Pirámides y Esfinges, ó Luxor con sus columnatas y obeliscos; ya el mundo del prodigio volando por los aires: hipogrifos de alas refulgentes, serpientes voladoras de escamas luminosas y medusas de cabellera tempestuosa lanzando al espacio miradas de fuego; ó bien el oro del Rhin volando por la atmósfera, y Lohengrin navegando por el zafir sobre albo cisne, y Angélica corriendo en pos de Medoro, y Rolando en pos de Angélica: toda la inspiración de Wagner y del Ariosto ilustrada por el crepúsculo con pinceladas de luz y sombra.

Aquella fiesta de colores, aquellos celajes, aquella claridad, han hecho á la

ciudad; de ahí su nombre, que quiere decir: **ciudad de luz.**

---

## II.

### El Aguacero.

Algo más que mediaba el siglo XIX y era el oscurecer de una tarde de agosto. Había hecho en Fópoli un calor de horno por la mañana, y nada había indicado hasta las doce que hubiese de llover antes de mucho, pues limpio y sereno se había ostentado el cielo, no había soplado ni una ráfaga de viento, y árboles, plantas y flores habían languidecido en medio del bochorno general; pero al llegar el sol al meridiano, y cuando alcanzó la temperatura su punto más alto, aparecieron de súbito allá á lo lejos, en el flamígero oriente, los bordes plumizos y oblongos de las primeras nubes, y no tardaron en levantarse en el confín, grandes y oscuros cúmulos, semejantes á negras montañas, en pos de los cuales, aparecieron otros y otros del mismo aspecto, que fueron llenando y oscureciendo el espacio. De pronto rasgó el viento sus viejos odres y recorrió furioso las calles y plazas, silbando con rabia al chocar con árboles y muros, cerrando con es-

trépito puertas y ventanas y haciendo pedazos los cristales; y simultáneamente con aquellos aullidos y con aquella locura, se difundieron por el ambiente vapores húmedos y olor de tierra mojada, que venían de lo lejos. El hosco seno de los cúmulos se incendió con llamaradas de relámpagos, retumbó el trueno á distancia, y una lluvia torrencial se desprendió de los plétóricos nubarrones, sobre valles, lomas y laderas.

Antes de la llegada de las falanges más cerradas y cargadas de electricidad, se presentaron bandas más ligeras y sutiles, como cuerpos volantes, que interponiéndose entre la ciudad y el sol, sólo permitían el paso á una claridad triste y mortecina. A poco cayeron las primeras gotas de lluvia, raras, grandes y redondas; las cuales, no bien puestas en contacto con el ardiente suelo, fueron absorbidas por él, sin dejar el menor rastro. Hízose luego más y más revuelto y enmarañado el tumulto de la tempestad; sucediéronse unas á otras, y á cada instante más próximas, las descargas eléctricas, fué cerrándose más y más la lóbreguez circundante, convirtióse el viento en huracán, y fueron haciéndose los relámpagos á cada momento más vivos é incesantes. Hubiérase dicho que era aquello el avance de un ejército enemigo, que descargaba sobre Fópoli sus

obuses y ametralladoras; hasta que un enorme estampido, como el de un cañón de diez y siete pulgadas que parecía haber tomado posiciones dentro de la población, anunció que la tempestad había llegado de veras. A la voz de aquel trueno, dió principio de golpe la fusilería de una lluvia estrepitosa, de gruesos y pesados chorros, como si un inmenso depósito de agua hubiese sido volcado sobre la ciudad. Por las desiertas calles, de cerradas casas, no se oía más que el fragor del chaparrón azotando techos y paredes, ó el rumor de las caulalosas y rápidas corrientes, que iban huyendo de los sitios elevados para precipitarse en el cauce del menguado río que divide la ciudad. Así continuó lloviendo desde la hora de la siesta hasta la noche, como si se iniciara un nuevo diluvio, pues cuando parecía que la tormenta comenzaba á ceder, llegaban del oriente, en alas de viento impetuoso, nuevos refuerzos de cúmulos cargados de electricidad iracunda y resonante; y se renovaba el bombardeo con nueva furia, y otra vez se difundía por el firmamento el incendio de los relámpagos.

\* \* \*

Elévase al oriente de Fópoli un vasto Hospicio para pobres, cuyo fundador fué el santo Obispo don Juan Ruiz de Cabañas.

Una calle costeadá por verdes y copudos naranjos, siempre cuajados de azahar, conduce á la suave eminencia sobre la cual se ostenta el palacio. Detrás de un pórtico de orden dórico coronado por un sencillo tímpano de sobrias líneas, se levanta la airosa cúpula de la capilla; y como remate de toda la construcción, se destaca sobre el templete de la esbelta linternilla, la blanca estatua de la Caridad, reina y señora del sagrado recinto.

Así dispuesta y coronada la fábrica, cierra la calle con felicísimo efecto óptico, y ofrece una perspectiva imponente, debido á la estrechez de la vía, que enfoca la vista del observador hacia aquel punto objetivo, único y elevado del horizonte.

Poco después de que el santo pastor fundador de la obra, la hubo levantado como por milagro (á expensas de su peculio particular y con el óbolo de los fieles), puso la institución en manos de las hermanas de la Caridad. A la cabeza de aquel grupo de heroínas, hallábase por el tiempo á que alude esta narración, sor Ignacia Osés, hija de la Navarra española; mujer superior por sus prendas y virtudes, que sabía sin esfuerzo ni medidas extremas, mantener el orden y la armonía en aquella babilonia, que contaba cerca de dos mil habitantes.

Uno de los prodigios realizados por sor Ignacia en el gobierno de aquel establecimiento, era la atinada administración de sus fondos, pues aunque el Obispo y el Gobernador le ayudaban con algunos subsidios, tales recursos eran eventuales y notoriamente insuficientes. Por otra parte, llevada de su buen corazón, no tenía tasa para recibir asilados, y había llegado á atestar de tal suerte con ellos el edificio, que no había aposento, rincón ni desván que no rebosase de gente. De allí la constante necesidad en que se veía de resolver el árduo problema de cómo alimentar y vestir á aquella multitud; era su eterno tormento y su idea fija. Aquella preocupación la traía absorta y discursiva por el día, y con frecuencia no le permitía cerrar los ojos por la noche.

Cierto que había almas caritativas que solían sacarla de apuros; piadosas señoras que le enviaban regulares sumas de dinero, hacendados que la obsequiaban con azúcares y semillas, y comerciantes que le regalaban jabón, cobertores y géneros de lana y algodón; mas con eso y todo, andaba siempre á la cuarta pregunta, devanándose los sesos con la congoja de lo que haría para conseguir el gasto del día siguiente y salvar las dificultades crecientes de la situación. El Hospicio, no obstante, caminaba de per-

las, pues los pobres de nada carecían y la población de los asilados iba creciendo á ojos vistas. ¿Cómo explicar el fenómeno? La ciudad, entre bromista y seria, opinaba que aquello no podía ser sino mediante la repetición del milagro de los cinco panes. El hecho era que la superiora hacía comer á tres donde comían dos, á cuatro donde comían tres, y así sucesivamente, hasta llegar á una cifra fantástica. Y lo peor del caso era que sor Ignacia era tanto más imprevisible é incorregible cuanto que no se quería corregir. Si se le presentaba un anciano encorvado, de trémulas piernas y voz desfallecida, ó una doncella desamparada, perseguida tal vez por libertinos y en peligro de caer, ó un huérfano que entregado á sí mismo, podría morir de hambre sobre el empedrado, ¿qué otra cosa le quedaba que hacer, sino abrir las puertas del establecimiento para que en él se guareciesen aquellos seres débiles y miserables? Ella les franqueaba la entrada en el asilo, que era cuanto podía hacer, y lo demás lo dejaba á la voluntad de Dios.

En medio de tantos apuros y escaseces, ni siquiera perdía de vista la buena madre el cuidado de la parte material del establecimiento, pues la atendía, reparaba y ornaba más allá de cuanto parecía humanamente posible. Apenas debilita-

da alguna viga ó ligeramente cuarteado algún muro, acudía pronto al remedio, y hasta dolíase de que se desportillasen las esquinas ó se desconchasen ó raspasen los revestimientos de las paredes, con motivo de mudanza de muebles ó retozo de rapaces; y cuidaba de que nada se rompiese, maltratase ni deslustrase, en medio del barullo y de la confusión de aquella mar humana. Y hacía pintar y bruñir á cada momento cuanto se iba poniendo viejo y feo, para que tuviese aspecto nuevo y hermoso; y poblaba los patios de arbolillos recortados y frescos y olorosos jardines, para recreo de los ojos y el espíritu de su doliente familia.

Un aseo nimio y escrupuloso se vela por donde quiera: obligaba á asilados y sirvientes á tener siempre barridos y brillantes los suelos, que eran de rojos ladrillos, y la batería de la cocina como de plata, bruñida con tiza, y los manteles del refectorio albeando de blancos, y los dormitorios con colchas immaculadas, y tan planchadas é intactas, como si no tuviesen uso, y fuesen de mero aparato para deslumbrar á las visitas.

Por aquellos días, precisamente, andaba sor Ignacia ocupada en reparar las pinturas murales, y como el aguacero de la tarde habla sorprendido á los artistas de brocha gonda en lo más empeñado de



la faena, no es para dicha la congoja que sintió al darse cuenta de los estragos que la lluvia había hecho en las tintas brillantes y frescas. Mucho le preocupó también la inundación de los aposentos, pues fué tan grande la cantidad de agua que cayó por los patios, que, rebasando umbrales y escalinatas, se deslizó é introdujo por donde quiera, cubriendo de sucio barro la refulgente superficie de los bruñidos pisos. Aquel accidente dió motivo á un tragín descomunal, pues las asiladas dirigidas por las religiosas, no dieron paz á la mano durante largas horas, recogiendo el agua de la inundación en barreños y sartenes, ó bien enjugándola con esponjas y grandes piezas de jerga. Fué preciso también contener el estrago de las goteras abiertas en los techos y retirar los roperos de las paredes, amontonar sillas en medio de las piezas, cambiar de sitio las camas y poner cántaros y baldes en sitios convenientes para recibir el agua escurridiza. La noche llegó en medio de aquella fatiga y de aquella grezca, que mucho divertía á las asiladas, pues cualquier novedad es motivo de alborozo para las almas reclusas.

Serían como las ocho cuando sonó con gran repique la campana de la puerta principal, cuyo cordón, tirado desde afuera, hizo vibrar la flexible lámina de

hierro que, en retorcida espiral, servía de sostén al sonoro instrumento. Como la portera, Estéfana, se hallaba ocupada también en auxiliar á las Hermanas en sus trabajos de drenaje, sonó varias veces y á cada momento con más fuerza la campanilla, antes que nadie acudiese al llamado.

Al fin lo hizo la buena anciana.

—Santas y buenas noches, dijo al abrir el postigo.

—Buenas las tenga usted, contestó una fresca voz de mujer desde el otro lado del umbral.

—¿Qué se ofrece á la señora? continuó Estéfana. Si quiere ver á alguna persona de aquí, debo recordarle que ya sonaron las ocho y que de esa hora en adelante entra en silencio y recogimiento la casa.

—No, repuso la voz, que pareció un tanto insegura; no vengo á eso.

—Pues, ¿á qué?

—A traer esto, repuso.

Un vivo relámpago iluminó á la interlocutora: era de clase media é iba envuelta en un chal obscuro; llevaba en brazos un bulto cuidadosamente tapado, y al pronunciar las últimas palabras, lo adelantó con ambas manos hacia Estéfana.

—¿Qué es esto? preguntó la portera sorprendida.

—Tome usted, insistió la mujer.

—¿Pero qué es? interrogó otra vez Estéfana.

—Tome y lo sabrá.

La portera adelantó maquinalmente las manos y asió el objeto que se le presentaba; y muy luego, á la escasa luz del farol que ardía en mitad del portal, pudo darse cuenta de lo que era.

—¡Un niño! exclamó. No, de ninguna manera, lléveselo usted; no lo puedo recibir, sor Ignacia me lo ha prohibido. Hay demasiados en la Cuna y no podemos hacernos cargo de tantos. ¡Ea, señora! ¿No oye? ¡Tómelo, lléveselo!

Y diciendo así, la buena de Estéfana, uniendo la acción á la palabra, traspasó el umbral de la puerta en seguimiento de la desconocida, y salió con paso precipitado hasta el pórtico; pero ¡que si quietes! La mujer se hizo la sorda, y, apenas puesto el niño en brazos de la portera, apretó á correr como si la siguiesen los lanceros, y sin temor al viento ni á la lluvia, y metiéndose en baches y corrientes, se alejó por la calle á paso precipitado. Estéfana la siguió hasta la gradería; pero de allí no pasó, porque no quería ni podía ir más lejos. Así que, contentándose con hacer algunos ademanes inútiles, como de ofrecer á la criatura á alguien hacia adelante y en la

obscuridad, prorrumpió en altas voces diciendo:

—¡Señora, señora; llévese á su niño! ¡señora!

Esperó un poco, como si aun tuviese esperanza de convencer á la fugitiva de que aquello no podía ser; pero, al ver que la silueta se alejaba más y más é iba confundiéndose con la sombra, se dió al fin por vencida, y volviendo atrás, cerró la puerta y se internó por el Hospicio.

---

### III.

#### Matute.

Fué en derechura al aposento donde se encontraba sor Ignacia, llevando en brazos á la criatura, que iba profundamente dormida. La superiora apenas vió á Estéfana sobrecargada de aquel modo, sospechó una mala jugada.

—¿Qué es eso, Estéfana? ¿qué es lo que traes por ahí? preguntó con alarma.

—Un niño, señora, contestó la portera compungida.

—¡Cómo un niño! ¿No te tengo ordenado que no los recibas?

—Señora, no lo he recibido.